

LA CARACAS DE RAFAEL SEIJAS COOK “EL ARQUITECTO-POETA”

Beatriz Meza Suinaga

Área Historia y Crítica de la Arquitectura, Escuela de Arquitectura Carlos Raúl Villanueva, FAU.UCV.
beatriz.e.meza.s@gmail.com

RESUMEN

“Notas arquitectónicas de Rafael Seijas Cook” fue una ponencia presentada en 2011, donde quedó registrada la labor pionera que en la historiografía de la arquitectura venezolana llevó a cabo este profesional, autodenominado “El Arquitecto-Poeta” (Coro, 1887-Caracas, 1969). Hoy continuamos revelando su aporte para el conocimiento de la disciplina arquitectónica, planteando este escrito que se enfoca en la revisión de seis de sus artículos publicados entre 1927 y 1945, tanto en la *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas* como en la revista *Élite*. Basados en una investigación histórica documental se trabajó específicamente sobre seis ensayos de Seijas Cook, recopilados y seleccionados para ser analizados, vinculándolos con otras fuentes pertinentes para su comprensión e interpretación. Con su particular mirada, “El Arquitecto-Poeta” abordó varios tópicos cuyo hilo común era Caracas. Así, en uno de sus textos escudriñó aspectos históricos de la urbe decimonónica según planos de algunas parroquias eclesiásticas elaborados en 1836; en otro señaló los posibles efectos ambientales debidos a las características naturales del río Guaire y el peligro en el que se hallaban ciertas construcciones erigidas en sus cercanías. En un tercer ensayo alertaba acerca de las consecuencias de los movimientos telúricos en la capital, considerando el tipo de edificaciones levantadas en ella. Del mismo modo, reflexionó respecto a diversas obras arquitectónicas que imaginó resaltantes, tales como una escalinata monumental situada en El Paraíso, remontándose para ensalzarla, a China milenaria como a Babilonia; en otro artículo estudió los clubes sociales de las urbanizaciones *avileñas* en cuanto a las referencias comunes tomadas de la arquitectura colonial que en ellas observaba. Finalmente, en una reseña centrada en la urbanización El Silencio, el autor entrelazó cuestiones sobre la persistencia de la nomenclatura cotidiana de los lugares caraqueños y la innovadora presencia de este desarrollo urbano, ejemplo de la pericia del ingeniero venezolano.

Palabras clave: arquitectura venezolana, historiografía de la arquitectura, Caracas, Rafael Seijas Cook.

INTRODUCCIÓN

Este artículo se basa en una investigación histórica realizada desde 2008, sobre temas de arquitectura y urbanismo vistos en publicaciones periódicas venezolanas de la primera mitad del siglo XX (Meza Suinaga, 2009, 2012). Con financiamiento del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela, se estudian la *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas* —RTMOP (1911-1959) y *Élite* (1925-1959), tomándose como límite de la indagación el año 1959, cuando se edita el que se considera primer texto de historia de la arquitectura nacional —*Templos coloniales de Venezuela*, de G. Gasparini; a partir de este disminuye la importancia que desde el siglo XIX tienen periódicos y revistas como difusores del saber arquitectónico y urbanístico en el país.

Al examinarse *Élite* y la RTMOP durante los lapsos señalados, resaltan artículos escritos por el ingeniero-arquitecto venezolano Rafael Seijas Cook, conocido como El Arquitecto-Poeta (Coro, 1887-Caracas, 1969). Graduado como Ingeniero en 1905 en la Universidad Central de Venezuela, Seijas Cook se especializa en Arquitectura en la Academia de Bellas Artes de París (1905-1907) y desde 1907 hasta 1910 es funcionario del Ministerio de Obras Públicas. Publica artículos desde 1914 en la *Revista Técnica del MOP* como en *Élite* y se editan sus libros *Ella Breviario Lírico* (1926), *Horas Grises. Crónicas* (1928), *Del Pirineo y del Ávila* (1931) y *Media hora sobre arte moderno* (1935). Bajo el gobierno de Juan Vicente Gómez (1908-1935) es cónsul en Barcelona y en Madrid (1933-1935); al regresar a Venezuela asume el cargo de Asesor Nacional de Obras Públicas, adjunto a la División de Reparaciones de la Dirección de Edificios del MOP (1935-1939) y también es director de la RTMOP entre 1936 y 1940 (Fundación Polar, 1997, 3, 1109).

Sus ensayos y crónicas permiten catalogar a Seijas Cook como pionero de la historiografía de la arquitectura venezolana, por cuya relevancia se planteó, como objetivo general de este artículo, analizar críticamente seis de sus ensayos sobre Caracas, publicados entre 1927 y 1945, y dos objetivos secundarios, uno relativo a comprender las condiciones de la Caracas decimonónica de acuerdo con ciertos documentos históricos, así como su vulnerabilidad ambiental para principios del siglo XX; otro fue examinar las obras arquitectónicas caracterizadas en los artículos seleccionados. Fue esta una investigación histórica documental, en la cual, una vez definido el objeto de estudio, se hizo la búsqueda, recopilación y catalogación de los textos. Los objetivos indicados permitieron el análisis e interpretación de la información, tras lo cual se realizó esta síntesis crítica, conformada por un apartado sobre la Caracas histórica y otro sobre su arquitectura, con las conclusiones pertinentes, además de agradecimientos y referencias.

Los artículos analizados se presentan a continuación, no por orden cronológico según su fecha de publicación, sino ordenados en una secuencia temporal y temática de acuerdo con la época en la cual se enmarca el asunto tratado. Así, también, el autor se identifica en cada impreso tal como aparece en él, pues en algunos firma “Rafael Seijas Cook”, en otros “el arquitecto-poeta” y “arquitecto: seijas cook”.

1. LA CARACAS HISTÓRICA

Tres artículos publicados en la revista *Élite* permitieron a Seijas Cook explicar cómo era la capital decimonónica y sus características hasta principios del siglo XX (1927a, 1927b, 1929). Para ello analizó planos de 1836 de cinco parroquias eclesiásticas, estudió el funcionamiento histórico del río Guaire e, igualmente, abordó los riesgos debidos a la sismicidad de la ciudad y la escasa idoneidad de sus edificaciones.

1.1. Seijas Cook, R. (agosto 20 de 1927). (Seijas Cook, 1927a). La Caracas de hace cien años. *Elite*, II, (101), s/p.

Este artículo de dos páginas lo encabeza una carta fechada “Caracas á 17 de sete de 1836” (Seijas Cook, 1927a), la cual remite Pedro Pablo Dias a Tomas Sanan G., para exponer los problemas existentes en Catia, “extensa y peligrosa habra (*sic*)”, (ídem). A continuación, Seijas menciona “el legado más preciado de mi biblioteca” (ídem): cinco planos topográficos de 1836 correspondientes a cinco parroquias de Caracas.

Por su importancia, estos planos se reprodujeron en el libro *Venezuela gráfica* (Gornés MacPherson, 1929) e igual hizo Irma De Sola en su obra de 1967, reconociéndolos como parte de la Colección Dr. Seijas Cook, “El Arquitecto-Poeta”, con notas escritas por él e identificados como N° 11 –Plano de la parroquia de San Juan, N° 12 –Plano de la parroquia de Catedral, N° 13 –Diseño de la parroquia de San Pablo, N° 14 – Plano de la parroquia de Santa Rosalía, N° 15 –Plano topográfico de la parroquia de Candelaria.

Meticulosamente, Rafael Seijas desmenuza el contenido de cada plano en donde aparecen las comisarías, en las cuales se subdividían las parroquias, su extensión y límites geográficos, esquinas, calles y avenidas decimonónicas, edificaciones e infraestructura urbana, indicando la nomenclatura vial respectiva y ciertos elementos existentes o no para 1927, año de esta publicación.

Cinco comisarías atendían las 27 manzanas que conformaban Candelaria, limitada de oeste a este por los ríos Catuche y Anauco, con el cual lindaba por el norte por un lado y por el otro “llegaba a la hoy Plaza España” (Seijas Cook, 1927a). En el plano salía una gran área para un Palacio Arzobispal, el puente Monroy, la Comisaría, el Juego de Pelota y el antiguo Cuartel de Morenos sobre la actual plaza de La Misericordia; hacia el Ensanche había un cementerio al lado de la hacienda Solórzano-El Conde. Seijas señaló una “Curiosa indicación de orden político en un plano absolutamente topográfico” (ídem), pues sobre una cloaca entre las esquinas de Platanal a La Cruz aparecía esta leyenda: “Baúl donde se reunían las facciones del 11 de mayo”, además, en el plano se hacía constar “que no está habitada la sabana de Ñaraulí, hoy Parroquia de San José” (ídem).

La parroquia más grande era Catedral con 40 manzanas y 8 comisarías, circunscrita por el río Catuche por el este, por el oeste Los Teques “(parte despoblada de la ciudad a partir de la esquina de Piñango)” (ídem), por el norte, calle de la Fraternidad (Este 3) desde Cuartel Viejo hasta el puente de Punceres y calle Orinoco por el sur desde esquina San Pablo; cada esquina se nombraba según era en 1836 y en 1927. Comenzaba Santa Rosalía en la calle Sol o Este 4, parroquia con diez comisarías, recorrida para 1836 por el oeste por la calle Carabobo o avenida Sur, terminando en el río Guaire. Allí estaban el Hospital de San Lázaro y La Matanza, que funcionó durante un siglo, luego “trasladada al Empedrado, dejando su terreno al Nuevo Circo de Caracas” (ídem).

San Pablo limitaba con la avenida Sur y el río Caroata, con la calle Orinoco o Este 6 con los puentes de San Pablo y Santa Teresa, y por el Sur con el río Guaire. En este plano se indicó que la mayor parte de la población se ubicaba entre calles Orinoco y Primavera o Este 14, pero no había registro preciso de cómo debían organizarse las comisarías ni cuántas debieron ser, por lo cual Seijas Cook supuso “que para esa fecha, San Pablo no era sino una barriada de la ciudad” (ídem). Hacia la calle del Triunfo –hoy calle Real– se aglomeraba la población de San Juan; en el plano aparecían las iglesias de San Juan, El Calvario y Palo Grande, hitos que conservaron sus nombres. Tenía 3 calles este-oeste y 3 que iban de norte a sur, dos de estas –Berdes (*sic*) y Eras– para 1927 atravesaban el Guaire, prolongándose en los puentes El Paraíso y Ayacucho. Este legajo fechado febrero de 1836, 7° y 26°, rememoraba los años de la separación de la Gran Colombia y la firma del Acta de Independencia; para esta época, en un interregno entre dos periodos de José Antonio Páez,

el Presidente era José María Vargas, una nota al margen para darle un contexto histórico nacional al desarrollo urbano de Caracas.

“Esa Caracas de nuestros antepasados la puedes contemplar a tus anchas, dilecta lectora de Elite, en las notas gráficas que acompañan estos apuntes históricos” (ídem): un plano y cuatro fotografías del siglo XIX. En la segunda página del artículo hay un plano esquemático escala 1:6.000 de la Caracas “del año que corre” (ídem) cuya parte en gris “es la superficie de la ciudad para 1836, según planos parroquiales de Pedro Pablo Díaz” (ídem), (imagen 1). Al respecto se indica que las parroquias San José, Altagracia y La Pastora en esos años son terrenos más o menos despoblados y que la parroquia Santa Teresa la crea Antonio Guzmán Blanco en 1876 al eliminar la de San Pablo y tomar parte de Santa Rosalía. Al no poder reproducir mediante grabados modernos los pocos daguerrotipos fotográficos existentes de 1830, se emplean fotografías hechas en Venezuela en 1864 por el alemán Federico Lessmann (imagen 2).



Imagen 2: Plano de Caracas, esc: 1:6.000 Seijas (1927a).



Imagen 1: Esq. Santa Teresa y Calle Carabobo. Seijas (1927a).

Escoge Seijas Cook para la primera página una serie vertical de tres fotografías sobre el colonial Templo de San Felipe, la calle vista desde la esquina de Santa Teresa y “Calle de Carabobo, avenida Sur, Santa Teresa hacia Camejo” (Seijas Cook, 1927a). En la segunda página, una fotografía de la “Esquina de La Bolsa.—Calle del Comercio”, imágenes decimonónicas pero que reflejan una ciudad colonial e inspiran en Seijas rechazo y a la vez añoranza de “Calles tranquilas, cielos sin telarañas de alambres, oídos vírgenes de ruidos y de klaxones, noches oscuras apenas alumbradas por los parpadeantes cocuyos de aceite de coco, portones escandalosos y desproporcionados... y otros tántos (*sic*) atrasos, [que] hicieron de la vida caraqueña del 1836, una sede conventual, tranquila y reposada” (ídem). Pero aunque exprese falencias y “atrasos” de la ciudad de 1836 como de la de 1927, también reconoce que la vida en esa Caracas del siglo XX es “más movida, más llena de colores, más vibrante y mucho más corta” (ídem).

Y concluye exponiendo que ellos no son ni mejores ni peores que sus antepasados, pues “nosotros, los hijos de la Caracas de 1927, y ellos, los de la de 1836, tenemos la misma cantidad de horas vividas ante nuestras conciencias, y las mismas responsabilidades a la

hora de liquidar el paso por esta tierra. Amén” (ídem). En este original escrito, Rafael Seijas revela su interés por la historia urbana de la capital, añadiéndole ciertas referencias políticas del acontecer nacional, así como el deseo de rescatar esos testimonios del pasado y divulgar su contenido para subrayar sus paulatinas modificaciones, muchas quizás poco deseables como las telarañas de cables, los ruidos y la velocidad vital propia del siglo XX, aunque paradójicamente, declara su aceptación gozosa de esas condiciones al convenir con que no había mayores diferencias respecto a la manera de vivir hacia cien años. Lo más importante es que deja esta evidencia sobre el urbanismo caraqueño y sus transformaciones en cuanto a las parroquias, los usos, la vialidad y las edificaciones.

1.2. Seijas Cook, R. (diciembre 3 de 1927). (Seijas Cook, 1927b). El Arquitecto-Poeta. Al Guaire le están perdiendo el miedo. *Élite*, año III (116), s/p

Una fotografía de un curso de agua flanqueado por frondosas riberas y la estructura de un puente al fondo, acompañaba este artículo de una página y un cuarto de extensión, donde el autor informaba que en época de su bisabuela “era el famoso río Guaire casi navegable, y hondo y cristalino... [y en el] Paraíso metropolitano” (Seijas Cook, 1927b) situado en el oeste de la ciudad, imperaban maleza y fauna silvestre (imagen 3).



Imagen 3: Vista del río Guaire, Caracas, Seijas (1927b).

Juan Vicente Echezuría fundó en 1830 la Hacienda El Paraíso entre las faldas del Carángano y el Guaire. Vendida en 1888 a Jesús María Reyes y en 1890 a la Compañía Anónima de Tranvías de Caracas, El Paraíso “tuvo su bautismo ... El río Guaire, en un desperezo trágico, paréntesis de más de 30 años de su anterior fechoría del 1860 y tántos (*sic*), la ahogó totalmente en la memorable fecha crespada del 7 de octubre de 1892” (ídem), en alusión a la Revolución Legalista del general Joaquín Crespo, presidente de la República entre 1884-1886 y opuesto a la intención continuista del presidente Raimundo Andueza Palacio (1890-1892), (Harwich Vallenilla, 1997, 1, 1097-1100).

Dicha insurrección entró en Caracas el 6 de octubre de 1892 cuando “Todos los cántaros del cielo se derramaron sobre el país en un llover incesante... Crespo, triunfante en la Cortada del Guayabo, esperaba la cortada de los aguaceros. Y el Guaire, en su concepto militar de salvar a Caracas, cortaba todos sus puentes” (Seijas Cook, 1927b). Entonces se comentó que los daños causados por el Guaire se debían al puente en construcción ubicado en Antímamo para el Gran Ferrocarril Alemán, “cuyo maderamen fue catapulta que arrancó de

cuajo al antiguo puente de El Paraíso, y cargando con él también, fustigó de un modo brutal, al Regeneración o Puente de Hierro (ídem). Las torrenciales lluvias de ese día aumentaron el caudal del río, dándole velocidad y torrente para devastar y arrancar ese puente con cuyos escombros arrastró a su paso otros dos puentes.

El Puente Regeneración “como todas las obras del gran Guzmán Blanco, indestructibles, desde 1874 es atalaya del río. Enfurecido, con tal obstáculo insalvable, el famoso río caraqueño convirtiolo en dique y saltó en horrisona catarata por cima de él” (ídem) inundando íntegramente El Paraíso “desde las estribaciones de la Quinta Monte Helena hasta la Roca Tarpeya” (ídem). Aparte de su admiración hacia el Ilustre Americano, el autor explica que en esa zona ocurre el mayor desastre causado por el Guaire, que también arrasa el “Puente de Tablas, en cuyo sitio erigióse, luego, el llamado Puente Sucre” (ídem), verificando los técnicos que las aguas alcanzan un nivel de 3 metros por encima del lecho corriente, una velocidad de 20 km/h, cuatro veces mayor que su régimen natural y de su aforo estival de mil litros por segundo pasa a un millón.

En 1919 otra creciente del Guaire, fuerte aunque muy corta, acabó con las sementeras de sus márgenes, mas si hubiera sido de mayor duración, los perjuicios rememorarían los de 1892. Y pasó ese susto, y el Tranvía de Caracas continuó sembrando allí el alimento para los caballos que transportaban sus vagones, mas el 29 de octubre de 1900, un “pseudo-terremoto hace madrugar desalados (*sic*) a todos los caraqueños” (ídem), yendo muchos a acampar en tiendas a la plaza Bolívar como a otras plazas y parques de la urbe.

Gran miedo producen las tejas y se discute sobre la alternativa de vivir en el campo o de construir contra temblores. En estas circunstancias, muchos caraqueños ricos, accionistas del Tranvía, quienes ven la heredad de la Compañía como suya, empiezan un proceso de movilidad urbana que significa el abandono del centro tradicional y la ocupación de tierras hasta entonces agrícolas y periféricas, siendo “los Zuloaga son los primeros que plantan sus tiendas definitivas en El Paraíso” (ídem).

El Callejón de la Hacienda Echezuría fue convirtiéndose en la avenida Principal de El Paraíso y al liquidarse el Tranvía, por fusión o venta a Empresa de los Eléctricos, en diciembre de 1905 la Hacienda pasó a propiedad de Carlos Zuloaga, Pedro y Marcelino Palacios, Elena Russell de Ybarra, Alejandro Ybarra y otros, añadiéndose ulteriormente posesiones de la Sucesión Crespo, de Couturier y de John Boulton para incrementar “el famoso Paraíso actual. Los primeros planos de nuestro *rendez-vous* de ricos fueron levantados por Germán Jiménez y Carlos Toro Manrique” (ídem). Ricardo Razetti, joven ingeniero, los dibujó, recibiendo un pago de “dos morocotas, por no haber querido aceptar la oferta de una parcela de sus terrenos, avaluada a B 0.25 metro cuadrado” (ídem).

Quien fuera Presidente de la Compañía del Tranvía, don Félix Rivas, compartía el pesimismo de Razetti y prefirió liquidar sus bienes “a dos lochas el metro, a quedar de terrateniente comunero” (ídem). En tanto, el país prosperaba, se imponía la paz gomera, el crédito nativo aumentaba y la neutralidad asumida durante la Primera Guerra Mundial, junto con la aparición del petróleo, le dieron figuración internacional a Venezuela. Las “Carreteras Nacionales valorizan el territorio. Caracas crece. Su propiedad urbana dobla su valor. Sus terrenos circunvecinos se cotizan palmo a palmo, metro a metro. El Paraíso llega a B 100 el metro cuadrado” (ídem). Al manifestarse la necesidad de un ensanche de la población y la búsqueda de ganancias inmobiliarias se revalúan “terrenos antes despreciables; y se van metiendo los caraqueños en la boca del lobo” (ídem).

Acerca de este desarrollo expansivo de la ciudad, Seijas Cook advierte que en ese momento “se levantan edificaciones costosas en el borde mismo del Guaire veranero. Y sin querer remedar al claxon apocalíptico, ojalá esta crónica mía no tenga que ser reproducida un día aciago para la vida caraqueña” (ídem). Y es que tras la revisión histórica presentada, en

donde enlaza variables ambientales con el comportamiento del río Guaire, no extraña que eleve su voz de alarma y preocupación.

Una reflexión acerca de la idea de que la humanidad logra dominio sobre la naturaleza, lleva al autor a indicar que todas las providencias del hombre y sus obras pueden ser arrasadas en cualquier momento por natura, por lo cual aconseja que al “Guaire, aunque esté dormido, se le debe mirar siempre como un león. Quien edifique a menos de 30 metros de sus orillas y a menos de 4 metros de altura sobre su lecho, tendrá futura ocasión de ver en estas apostillas no una crónica ociosa, sino una alerta que ha debido tenerse en cuenta” (ídem), lineamientos que deberían atender proyectistas y constructores en la flamante urbanización El Paraíso. Invocando la sabiduría popular relativa a la prevención de los peligros de edificar cerca de un curso de agua, a pesar de su aparente placidez, Seijas Cook cita el “refranero español: ‘Junto a un río, junto a un risco y junto a un rico no plantes tu casa’” (ídem),

1.3. Seijas Cook, R. El Arquitecto-Poeta (febrero 2 de 1929). ¡Si en Caracas temblara! *Élite*, IV, (177), s/p.

Este escrito de febrero de 1929 fue recogido en una y un cuarto de página, y su título advertía respecto a las posibles consecuencias de un movimiento telúrico en la capital venezolana. Seijas Cook relató cómo, cuando intentaba seleccionar apostillas literarias para su libro *Horas grises* (1928), “saltaron, impertinentes, ante mis ojos, dos páginas de gran interés colectivo, pero cuyos tópicos, un tanto apocalípticos, rasgaban la sedosa envoltura optimista de todas sus crónicas” (Seijas Cook, 1929). Una se refería a los temblores en Caracas; la otra abordaba el accionar pasado y futuro del río Guaire; esta finalmente fue incorporada en dicha publicación porque ya estaba escrita.

Sobre el segundo tema declaraba que en líneas sucintas quedaron anotadas las fechas de 11 de junio de 1641, 21 de octubre de 1766, 26 de marzo de 1812 y 29 de octubre de 1900, “colofones de su disertación sibilina” (ídem), indicadores de que durante tres siglos Caracas cayó tres veces y sobre el fuerte temblor de 1900, dudaba acerca de si pudiera considerarse como saldo deudor del de 1812 o garantía a cuenta del desastre del mañana. No obstante esa recurrencia catastrófica “todos en Caracas nos sentimos seguros y optimistas; y hoy es frase común en la boca de todos ‘Cumaná debiera edificarse en otra parte!’ echando al olvido que la Capital de la República, ante la historia, está en iguales o en peores condiciones que la victimada del Manzanares” (ídem).

¿A qué viene esta advertencia de Seijas Cook? Al hecho de que, tras el terremoto ocurrido en Cumaná en enero de 1929, el cual destruye gran parte de la ciudad y sus edificaciones, pronto se inician las obras para su recuperación, a pesar de la conocida sismicidad de la urbe oriental, misma que él atribuye también a Caracas. A su entender, los “intereses creados atan demasiado al terruño, a la patria chica, al pueblo de cada quien... ¿Qué quieren, pues? Los cumaneses deben volver a reconstruir a Cumaná!” (ídem) aunque esta vuelva a desplomarse, como ya ha sucedido a lo largo de la historia.

Si bien la humanidad no puede prever los grandes cataclismos y a veces tampoco puede salvarse de sus consecuencias “no falta a la ciencia algún recurso para desviar el peso de alguna desgracia; y hoy se edifica en condiciones urgentes al amparo del sér (sic) humano” (ídem). Ante una gran calamidad las denominadas “construcciones contra temblores, ... no pasan de ser sino cajas de cartón ... Todo objeto que se construye a base de ciencia, tiene que admitir un máximun del peligro que ha de afrontar, máximun que en raros casos abate el extremo admitido, pero que al alcanzarlo la catástrofe es inevitable” (ídem), empero todos los cálculos realizados respecto a posibles fatalidades.

Materiales cuya contextura es elástica son los empleados en las construcciones contra temblores porque pueden ser sometidos a “conmociones sin resquebrajarse” (ídem), tales son madera, hierro o acero laminado, en donde, desde las techumbres a los basamentos hay uniones con pernos y remaches. Cemento armado, estructuras de acero y el bahareque bien edificado aseguran la propiedad y la vida humana. Los grandes edificios de piedra y ladrillo pueden resistir un movimiento telúrico pero, por su falta de elasticidad y la poca cohesión de los morteros que los unen, quedan expuestos a pronta ruina. En un sismo los edificios “que sufren más son los mixtos de techos de hierro o de madera y muros de piedra, de mampostería, de adobes o de tapias españolas” (ídem). Tras estas explicaciones, Seijas afirma que “Si en Caracas temblara, una gran parte de la construcción urbana levantada a base de especulaciones bursátiles, es decir: la casa barata y de apariencia... necesitará su duplicado alguna vez” (ídem).

Según su experiencia profesional, El Arquitecto-Poeta pronostica que si en Caracas temblara la mayoría de los garajes modernos se derrumbaría, en especial aquellos “de grandes techos con armaduras de madera o de acero, montados simplemente sobre los muros delgados que al desviarse en una gran trepidación salen fuera del centro de gravedad” (ídem), pero hace la salvedad que aquellos con “soportes verticales de acero o de cemento armado” (ídem) a los cuales se remachan estructuralmente los techos podrían resistir el movimiento sísmico, y pocos serían los carillones que sonaran para avisarlo, solo los de la “Capilla Agustina edificada totalmente en cemento armado, serían los últimos en dejar caer a tierra sus cálices litúrgicos!” (ídem). Igualmente alerta sobre el peligro que representan las “telarañas eléctricas de alta tensión, espada de Damocles, presta a electrocutar las vidas perdonadas por la conmoción del suelo” (ídem). Entonces, mala calidad de materiales constructivos y el desordenado tendido eléctrico son señalados como coadyuvantes en el aumento del riesgo en la ciudad.

Tales condiciones afectarían mucho los barrios modernos en la Caracas de 1927, esos erigidos con excesiva economía “mal entendida economía baratillesca que hace ver lo más barato como lo más conveniente. Culpa no de la falta de ciencia de nuestros artífices, sino del minuto universal de síntesis” (ídem). Seijas defiende a los profesionales “artífices” de la construcción, achacando las fallas indicadas a la velocidad exigida por la vida imperante en un momento “de grandes garajes y de hogares de pequeñas dimensiones; de cosas baratas de vida precaria, del hoy y del mañana en rápido trotar” (ídem).

Mala calidad de la construcción y exigencias económicas se mezclan y Seijas Cook recuerda el bahareque como material constructivo apropiado para este siglo XX y, pese a que asume que profesionales y constructores manifestarían su extrañeza, destaca que es un material de bajo precio y “mejores seguridades, para edificar contra temblores, susceptible de mejorar su apariencia y su higiene (sustituyendo a los entramados de barro, cañas y conchas de coco, telas metálicas aljorizadas y encaladas...)”, (ídem).

Que estas “notas científico-literarias” provienen de textos acerca de terremotos ocurridos en San Francisco-California, Valparaíso, Messina, San José de Costa Rica y Japón, es la confesión que hace Seijas para advertir que tales sucesos permiten a los científicos estudiarlos y concluir que las “estructuras de acero –como los rascacielos norteamericanos–, el cemento armado y el *pandebois* francés –bahareque estilizado–garantizan la vida humana en las catástrofes sísmicas” (ídem). Al final asevera que en Cumaná quienes puedan utilizarán cemento armado, los menos acomodados apelarán al bahareque bien construido y “el Olvido de encargará de lo demás” (ídem), y que la urbe persistirá y recomienda materiales adecuados para una construcción segura, dejando entendido que esto dependerá de la disponibilidad financiera del usuario.

Al emplear un lenguaje de experto con términos especializados y aunque de todos modos en su prosa deje colar su vena poética, son el conocimiento y visión profesional de El Arquitecto-Poeta los que aquí predominan, resaltando las condiciones peligrosas en la capital nacional pero también en Cumaná, evidenciado un acercamiento científico hacia la sismicidad de esas ciudades, materiales y técnicas constructivas usados en sus edificaciones y su posible comportamiento ante un temblor, la influencia negativa del mercado inmobiliario en la calidad de lo que se erige y la importancia del arraigo a la tierra natal, perdurable por encima de tales características riesgosas.

2. MUESTRAS DE ARQUITECTURA CARAQUEÑA

El Arquitecto-Poeta estudia desde los componentes individuales de la arquitectura hasta conjuntos de escala urbana, valorándolos en relación con su entorno construido. Así lo revelan estas tres crónicas impresas en la *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas* (1938) y en *Élite* (1928, 1945): desde una gran escalinata pasando por los clubes sociales caraqueños, suerte de propaganda de piedra, hasta lo que considera obra maestra de la arquitectura e ingeniería nacional, la urbanización El Silencio.

2.1. Seijas Cook, R. (agosto 18 de 1928). El Paraíso caraqueño Una escalinata medioeval. Arquitecto: Seijas Cook. *Élite*, III (153), s/p.

Más que un artículo propiamente dicho, esta página recoge un corto comentario sobre una “escalinata medioeval” y, no se sabe si es un proyecto del autor, pero al pie de las fotografías aparece “Arquitecto: Seijas Cook”. Se describe como una suntuosa escalinata que se erige en una residencia ubicada en Los Laureles, en El Paraíso, una de las más prestigiosas urbanizaciones caraqueñas de la época. La casa es propiedad de María Teresa Urrutia de Arcaya y de Pedro Manuel Arcaya (1874-1958), abogado venezolano, sociólogo e historiador, quien entre 1925 y 1929 es Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Juan Vicente Gómez (Fundación Polar, 1997, 1), su relevancia política probablemente motive la inserción de esta nota en la revista *Élite*.

Para referirse a esta obra, Seijas Cook reseña que la escalinata es el “motivo arquitectónico más antiguo... aparece triunfal desde la milenaria China... Babilonia en sus jardines, la tuvo. Las Acrópolis helenas las tallaron en la roca viva. La Roma Cesárea abusó de ella... fue en el medioevo cuando culminó en su más amplia grandiosidad, siendo plano de nivel, tangible, entre la fastuosa mansión blasonada y el humilde albergue del vasallo” (Seijas Cook, 1928). ¿Cabría pensar que para El Arquitecto-Poeta esta escalinata monumental construida ante la quinta de un ministro del régimen gomecista para unirla directamente con la avenida principal de El Paraíso, sería un ejemplo de ese nivel que la vincularía de forma tangible con una vivienda humilde?

Desarrollar un marco histórico que daría realce a este proyecto parecía ser el objetivo de estas líneas, en las que se explicaba que la escalera se estilizó hasta el menor detalle y al saberse que la marcha humana empezaba con el pie derecho, desde entonces todas se realizaron con número impar de peldaños para que “la bizarría del ascenso no sufriera detrimento alguno al desembarcar con el pié que iniciaba la marcha...tales exquisiteces hoy se recuerdan con el desdén más absoluto en aquestos tiempos de igualdades aterradoras” (idem). A pesar de que la escalinata se consideraba un suceso arquitectónico dondequiera que se levantaba, su elevado costo impidió que se abusara de ella.

Tres fotografías ocupan la mayor parte de esta página. La central presenta la escalinata ascendente de un tramo, vista desde la avenida, con seis amplios escalones del primer intervalo, escoltados por dos pares de torrecillas de diferente altura, base común y remate almenado, elementos que se repiten a la derecha en una rampa para automóviles y a la izquierda flanqueando reja de entrada a un boscoso jardín. Tras el segundo cuerpo de escalones, una enorme reja cierra la continuidad del paso hacia la escalera, que se despliega por tramos alternando con descansos hasta ganar la cota de acceso a la curvilínea fachada de la residencia Arcaya (imagen 4). Las otras dos fotografías muestran la escalera vista desde cada uno de sus lados, con sus zancas inclinadas, descansos planos sobre la enorme estructura de sostén, con un vano rectangular terminado en abertura triangular. A ambos lados hay estrechas aberturas rectangulares y otras con arcos de medio punto; balaustres torneados sostienen el pasamanos, armonizando con jardineras y jarrones ornamentales (imagen 5).

De las panorámicas presentadas resalta la gran diferencia de altura que hay que salvar desde el nivel de calle hasta la cota de entrada de la quinta Arcaya, lo cual se logra mediante esta elaborada y ampulosa escalinata conformada por tramos de escalones alternados con descansos realizados por rejas, torrecillas neomedievales, torneadas balaustradas y accesorios ornamentales, evocando referencias eclécticas más que las de una arquitectura moderna en auge en Europa para la segunda década del siglo XX.

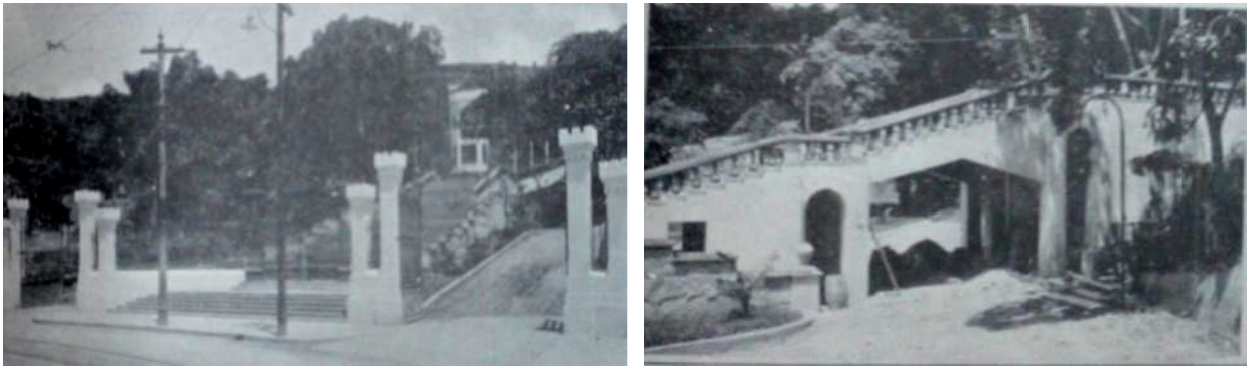


Imagen 4: (Izq.) Vista frontal escalera Residencia Arcaya. (Der.) Vista lateral escalera en El Paraíso. Seijas (1938).

2.2. Seijas Cook, R. (febrero 1938). Urbanizaciones avileñas Sus centros sociales. Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas, año X (77), 770-772

Cuando se publica este artículo, Rafael Seijas Cook es Director de la Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas (1936-1940) y por tanto decide la línea editorial de la misma, lo cual podría explicar que durante ese lapso haya mayor presencia de temas arquitectónicos en esta publicación oficial (Meza Suinaga, 2009). El título es explícito acerca del tema a tratar: las edificaciones dedicadas a ser centros sociales en las urbanizaciones caraqueñas de pretérita o reciente data. Se indica que como punto y recta definen un plano geométrico, un campanario y un arroyo identifican una aldea, ahora es la “fastuosa Casa de mercado estilo antañón, hispano, desbandando en su derredor enjambres de viviendas colonizantes” (Seijas Cook, 1938, p. 770), la señal de que se está en una de las tantas urbanizaciones alejadas del centro urbano surgidas desde la última década, las cuales pronto ocuparán “el área cultivada de todo el valle de Caracas, tal la celeridad tentacular de su dinamismo”

(ídem), reconociendo la rápida expansión que hacia la periferia caracteriza la ciudad del momento, mediante nuevos parcelamientos, donde destaca la arquitectura de referentes neohispanos.

Superposición de pisos y crecimiento en altura marcan el desarrollo edilicio en otras urbes, pero Caracas amplía cada vez más su radio y cada urbanización asume como núcleo el “Centro Social, de Deportes; y concretando su afán de propaganda, a constantes y mejores inversiones del capital, hace de él su mejor *affiche* (*sic*), y crece rápido, dejando atrás muchas veces, la urbanización misma” (ídem). Tal ocurre con el Country Club, La Florida, Los Palos Grandes y El Paraíso, que funcionan “por antonomasia [como] el señuelo de sus parcelaciones y siguen siéndolo, por la fastuosidad y el confort desplegados en ellos” (p. 771). Seijas Cook se pregunta por qué en todos estos edificios se apela al “llamado Estilo Colonial” (ídem) aunque se construyen en distintas épocas y son proyectados por diferentes arquitectos sin que hubiera un acuerdo previo entre ellos (imágenes 5 y 6).

A su entender hay “una innata sugerencia racial, al volver al campo trillado por el brazo del Conquistador... viejo estilo, abuelo de nuestro modo de sentir la vivienda, desde la enramada de desnudos horcones torcidos de la media agua criolla, hasta el rico y empinado alar de nuestros viejos templos es y será venezolano” (pp. 771-772), aunque no sea el único adaptable al trópico porque en las Antillas usan la pizarra y las mansardas. Hace énfasis en que este es el estilo apropiado porque “en cualesquiera de sus modalidades para nosotros tiene abuelo, más emotivos, por tanto, que el llamado Arte Moderno, de padres desconocidos, y que hoy comienza a sembrar sus raíces un tanto snob en nuestro suelo” (p. 772).



Imagen 5: Country Club Caracas, Seijas (1938).



Imagen 6: Club Los Palos Grandes, Seijas (1938).

Junto con la exaltación del pasado colonial, al soslayar las herencias indígena y africana, es obvio que este se concibe solo en lo hispano, visto en edificios como los clubes sociales, convertidos en hitos urbanos y arquitectónicos de los nuevos desarrollos, los cuales mayoritariamente se emplazan sobre antiguas tierras agrícolas. Con ello se establece una vinculación histórica entre flamantes propietarios de estos parcelamientos y los anteriores terratenientes coloniales, legitimando su papel como sus “herederos”. Ante esta conservadora postura no es de extrañar la admonición de Seijas acerca de que el estilo venezolano es el colonial, en oposición al “Arte Moderno, de padres desconocidos”, el cual, incipiente en esa época en Venezuela, no duda en calificar como *snob*.

Cuatro fotografías ilustran este texto; de la primera se dice “Los arbolados centenarios, solumbra de los cafetos sembrados por la mano del clérigo Mohedano, refrescan en el Country Club, en la Hacienda Blandín, una arquitectura gemela de la de las Capitanías Generales” (p. 770). En la siguiente página, “La retina añora la Hostería castellana en el Club Florida” (p. 771), la tercera imagen resalta “Como aretes mudéjar de buenos kilates (*sic*), el Club Paraíso acopla campanarios morunos” (p. 772) y en la cuarta, “Empinadas y tortuosas graderías, evocadoras de allpujarras andaluzas, adintelan el atrio del Club Los Palos Grandes” (idem). Ubicadas en bucólicos entornos, estas sedes sociales aparecen en grandes mansiones de uno o dos pisos, ornadas con campanarios o espadañas sobre la fachada de acceso, arcos de medio punto, columnas neotoscanas, dinteles polilobulados, curvilíneos hastiales y techos de tejas de dos o cuatro aguas, más accesorios decorativos de tinte neobarroco, elementos catalogados como símbolos de esa arquitectura hispana que El Arquitecto-Poeta imagina de raigambre nacional.

2.3. Seijas Cook, R. (abril 21 de 1945). El Silencio, máximo urbanismo. *Élite*, 20, (1020), 9

Una remembranza doméstica del autor comienza este escrito de una página con una perspectiva de la urbanización El Silencio de J.A (¿José Avilán?), específicamente del Bloque N° 6 de cuatro pisos, balcones y arcadas en planta baja, adaptado al chafalán de la esquina Angelitos (imagen 7). Alfombras y tapices de sus siestas tuvo que abandonar su perro cuando se mudaron al nuevo domicilio familiar, conducta que quisiera seguir su dueño para tomar el “panorama común de sus mejores años en la Caracas de su adolescencia, de su juventud de un progreso edilicio echando al suelo la Caracas de antaño; y como Felán, dejándose ir en la última camionada de la añoranza a encaramarse a la casa de Apartamentos y al Rascacielo” (Seijas Cook, 1945, p. 9), nostálgico anhelo de la ciudad del ayer y rechazo a los cambios que durante el siglo XX ocurren en Caracas.



Imagen 7: El Silencio, Seijas (1945).

El hecho es que esas transformaciones no solo ocurren en áreas perimetrales de la urbe o en hondonadas niveladas para su uso en “Caracas 1944 en Urbanismos caprichosos y atractivos” (idem), sino que en una parte muy importante de la misma “casi en su propio corazón, El Silencio, el Montmartre de alpargatas del vivir lujurioso viene al suelo” (idem) al sufrir una gigantesca intervención para elevar en su lugar siete bloques con “balconajes ornamentales del más armonioso conjunto de Urbanismo intentado hasta ahora, y tirando un salto de medio siglo adelante, a parangonarse con la Caracas siglo XXI, sea cual fuere el progreso edilicio de la metrópoli para esa fecha” (idem).

Del entusiasmo originado por El Silencio deriva una campaña oficial que propone buscarle una denominación “grande y grandiosa”, anotándose gentilicios de próceres. Ante esto, El Arquitecto-Poeta apunta que se sumaría a este empeño “si no pensara que contra lo inveterado es nugatorio intentar renovación alguna” (ídem). Y hace preguntas que justifican su aserto: “Quién llama Paseo Independencia a El Calvario” (ídem) o ¿Puente Bolívar al Marcos Parra, Regeneración al Puente de Hierro, Puente Esequibo al Dolores, Parque de Carabobo a Plaza de La Misericordia, Parque Ayacucho a Los Caobos y Monolitos a los bifurcadores de Los Caobos y Avenida Este, conocidos como Los Muchachos? Menos este último, todos “son Nomenclatura Oficial, que no se cumple por lo inveterado de la costumbre en llamarlos como se conocieron de tiempo antañón” (ídem).

El presidente Guzmán Blanco a fines del siglo XIX introduce una innovación al dividir Caracas en cruz a partir de la catedralicia esquina La Torre, para definir las avenidas Norte, Sur, Este y Oeste, pero esta organización “sale a relucir más bien para despistar, pues se utiliza para marcar una dirección perimetral y no del corazón de la ciudad, pues puede decir Avenida Este número tal al referirse a un inmueble fuera del linde del Puente Anauco” (ídem) pero si se trata de uno más central se emplean nombres de esquinas como Marrón o Manduca. Y en barriadas como San Agustín y El Conde cuyas esquinas se identifican con patronímicos de próceres venezolanos, “edificaciones de importancia de ulterior cuño echaron abajo esa épica denominación y el Boyacá, El Dorado, El Estadium, La Bomba 93, son los puntos de referencia de toda dirección en esos ‘repartos’ modernos” (ídem). A la sazón son las salas de cine, los espacios deportivos y de servicios, los elementos que permiten orientarse en los nuevos parcelamientos urbanos tal como se usan las esquinas en el tradicional centro caraqueño.

Como el Montmartre de alpargatas de la urbe se describe El Silencio, sitio para el comercio de carne humana y también del “intercambio de ropa-vejerías, almonedas y comercio de desecho, hasta alcanzar el sitio de Comercio en gran escala” (ídem), cuya céntrica ubicación facilita la acumulación de materiales de construcción y de repuestos automovilísticos. Este lugar, según Seijas Cook “seguirá con su mismo cognomento” (ídem) aunque entre sus antiguos visitantes destaque el “pecador hoy arrepentido y enseñado en que El Silencio debe cambiar de nombre, contra el argumento de que lo tatuado a fondo en el espíritu caraqueño ha de costar mucho trabajo desenraizarlo por cualquier otro nombre que la nomenclatura oficial resuelva en el asunto” (ídem).

Si en El Silencio se reprodujeron los siete pecados capitales, para el autor de este texto, los siete bloques que allí se erigieron eran “siete Obras de Misericordia, llevando a la Clase Media caraqueña a un standard de confort exclusivismo del potentado” (ídem). Y continuando con estas analogías numéricas resaltaba que siete fueron las plagas de Egipto y los bloques de El Silencio “pudieran calificarse de las Siete Maravillas del mundo” (ídem), siete fueron las vacas gordas y siete las flacas, siete las palabras de perdón del Nazareno y siete las estrellas del Iris venezolano, así también durante el Septenio guzmancista hubo una “transformación edilicia en Caracas” (ídem).

Por encima de estas reflexiones sociales, una queda resuelta de forma concluyente gracias a “la pericia del Ingeniero venezolano, aceptando el reto puesto en el tapete de la discusión en el Colegio de Ingenieros, cuando se trató en sesiones borrascosas la incapacidad de nuestra cuchara de albañil criollo ante la experiencia indiscutible de la mano de obra importada” (ídem), ganando finalmente la fracción nacional para “solazarse hoy en una obra de envergadura, de alto precio y con una celeridad que halaga al gremio en general en reclamo indiscutible para escalar el sitio de los líderes de las grandes Empresas de Ingeniería en Venezuela” (ídem). De lo dicho se refleja que la mejora de la industria de la construcción en el país, tanto en el campo profesional como en el obrero, tiene en El Silencio una de sus primeras manifestaciones, prueba del progreso alcanzado.

A partir de la urbanización de El Silencio queda establecido que “la palabreja urbanismo, no se refiere al concepto comercial de comprar y vender tierras de labores y parcelarlas en afán de lucro, quedando un conjunto de edificaciones, bien en concepto unitario, pero desunidas del panorama global” (ídem), como lo son Bella Vista, Pro-patria y Artigas, así como las demás colindantes con la “metrópoli, a las cuales dan prestancia y atractivo más los escenarios de bellos paisajes que la desintegrada silueta de los miles de chalets, cosecha moderna de los aledaños de la Caracas antañona azotada hoy por el terremoto artificial del Progreso” (ídem). Con esta feroz diatriba sobre el crecimiento desordenado de la ciudad en aras del progreso, termina Seijas Cook su artículo, criticando urbanizaciones erigidas por el Banco Obrero como Bella Vista y Propatria (1937), así como los proyectos de la empresa privada, más interesada en obtener ganancias del negocio inmobiliario que en ampliar armónicamente la urbe.

En este discurso hallamos dos temáticas distintas. Por un lado, se llama la atención acerca de las decisiones que pretenden imponer las autoridades nacionales al nombrar elementos urbanos según su predilección, haciendo caso omiso del saber y costumbres populares, por lo cual muchas veces la nomenclatura oficial no pasa de ser un decreto que para el ciudadano común es totalmente inocuo, por no decir que inconveniente e ignorante de la realidad. Por otra parte, El Arquitecto-Poeta aprovecha para ensalzar la urbanización El Silencio y, al mismo tiempo, desaprobando los desarrollos residenciales periféricos emplazados en antiguas superficies agrícolas, los cuales a su modo de ver, están desconectados del funcionamiento de Caracas debido a la búsqueda de proventos antes que del beneficio de la ciudad y de la sociedad en general.

3. CONCLUSIONES

Parte de la obra escrita por Rafael Seijas Cook que se divulga en *Élite* y en la Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas destaca en medio de la escasez historiográfica sobre arquitectura y urbanismo comprobable en Venezuela en la primera mitad del siglo XX. Los seis ensayos examinados se deben a este estudioso, preocupado por expresarse respecto a esas disciplinas vistas en el pasado caraqueño y a principios de la centuria. En estos artículos, Seijas nos lleva a un paseo desde Catia a las principales parroquias caraqueñas del siglo XIX y luego a las emergentes urbanizaciones en las afueras de la capital, estableciendo lazos entre el ayer decimonónico y las condiciones físicas de la urbe de los años veinte, treinta y cuarenta, registrando su expansión hacia distintas latitudes, las edificaciones y usos significativos, así como la transformación de algunos sectores y de la mudanza de actividades consideradas nocivas para la salubridad pública. Al mismo tiempo, ofrece notas sobre arquitectura y construcción hilvanadas mediante su discurso, cuyo eje común es Caracas tal como él la percibiera.

Gran valor histórico e historiográfico para el conocimiento y comprensión del desarrollo de urbano de Caracas y su arquitectura puede asignársele a los seis textos analizados, valorizado por el importante material gráfico que acompaña estas crónicas, imágenes que probablemente solo aparecen en estas fuentes debido a la acuciosidad de Rafael Seijas Cook. También queda demostrada la pertinencia del apelativo *El Arquitecto-Poeta*, pues en sus narraciones, aun en aquellas donde utiliza términos técnicos y maneja con mayor profundidad temas profesionales, nunca deja de estar presente ese peculiar modo suyo de comentar y explicar apelando a elementos poéticos, florituras verbales y palabras de raro uso cotidiano, insertando eventualmente notas jocosas o nostálgicas.

AGRADECIMIENTOS

La investigación denominada “La arquitectura en la hemerografía venezolana de la primera mitad del siglo xx. Casos de estudio: Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas y Revista Élite” (2 etapas), (2008-2012), que sirvió de base para elaborar este artículo fue financiada por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela. En ella colaboraron la magíster antropóloga Mirta Linero, magíster sociólogo Clemente Marín y los estudiantes de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV Adriana Rusián, Marlyn Corser, Yurima Suárez, Alejandro Fajardo, Luis Sánchez y Ángel Hernández. A todos ellos mi agradecimiento.

REFERENCIAS

De Sola Ricardo, I. (1967). *Contribución al estudio de los planos de Caracas. La ciudad y la provincia 1567-1967*. Caracas: Comité de Obras Culturales del Cuatricentenario de Caracas.

Fundación Polar. (1989). Arcaya, Pedro Manuel. *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Polar, 1: 201-203 (1997).

Fundación Polar. (1989). Seijas, Cook, Rafael. *Diccionario de Historia de Venezuela* Caracas: Polar, 3: 1109 (1997).

Gornés MacPherson, M.J. (1929). *Venezuela gráfica es un homenaje de su autor a nuestro Libertador en el primer centenario de su muerte 1830-1930*. I. Caracas: Patria, La Esfera.

Harwich Vallenilla, N. (1989). Crespo, Joaquín, gobiernos de. *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Polar, 1: 1097-1100 (1997).

Meza Suinaga, B. (2009). La arquitectura en la hemerografía venezolana de la primera mitad del siglo xx. Informe I etapa. Revista Técnica del MOP (1911-1959): una fuente para el estudio sobre arquitectura y urbanismo en Venezuela. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela (mimeo) (<http://saber.ucv.ve/bitstream/123456789/12780/1/Informe%20I%20Etapa%20sep09%20-definit..pdf>)

Meza Suinaga, B. (2012). *La arquitectura en la hemerografía venezolana de la primera mitad del siglo xx*. Informe II etapa. Arquitectura y urbanismo desde la revista venezolana Élite (1925-1959). Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela (mimeo) (<http://saber.ucv.ve/jspui/handle/123456789/12781>)

Seijas Cook, R. (agosto 20 de 1927). (Seijas Cook, 1927a). La Caracas de hace cien años. *Élite*, II, (101), s/p.

Seijas Cook, R. (diciembre 3 de 1927). (Seijas Cook, 1927b). El Arquitecto-Poeta. Al Guaire le están perdiendo el miedo. *Élite*, año III (116), s/p.

Seijas Cook, R. (agosto 18 de 1928). El Paraíso caraqueño. Una escalinata medioeval Arquitecto: Seijas Cook. *Élite*, III, (153), s/p.

Seijas Cook, R. El Arquitecto-Poeta (febrero 2 de 1929). ¡Si en Caracas temblara! *Élite*, IV, (177), s/p.

Seijas Cook, R. (febrero 1938). Urbanizaciones avileñas Sus centros sociales. *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas*, año X (77), 770-772.

Seijas Cook, R. (abril 21 de 1945). El Silencio, máximo urbanismo. *Élite*, 20, (1020), 9.